

2. Retiro en San Javier del Valle

Pedro Trigo

¿Es una guía en verso de un retiro espiritual o son poemas escritos por un poeta que se inspiró en un retiro? ¿Son huellas de una experiencia, incluso una fase de esa experiencia que al desaguar en el papel encontró camino y tomó forma o es una argucia pedagógica de un maestro espiritual que al revestir de rimas o metáforas busca hacer su prédica más atractiva? ¿Ante qué estamos? ¿Ante letras de sangre, huellas de una lucha interior y de la herida del cazador divino? ¿O ante el producto esmerado del taller del orfebre?

Carmelo Vilda es ante todo ese corazón inquieto, siempre en ascuas y en camino (que dijo de sí Agustín); es también profesor de retórica y cultor raigal de la palabra viva; y en esa búsqueda, "donde la sed se abreva con más sed", es sacerdote jesuita "de una experiencia espiritual muy junta/con rumbo horizontal hacia la gente".

De estas fuentes brota este libro que es a la vez testimonio y proposición, expresión y prédica. Su autor funge a veces de ejercitador y otras de ejercitante. Otras por fin logra sintetizar ambos papeles. Por eso el libro puede leerse como un libro de meditaciones siguiendo el orden de los Ejercicios de San Ignacio o como un manajo entrañable de poemas que destilan una vivencia espiritual que pone a remecer hondas fibras humanas. Para nosotros esta es la dimensión más valiosa del libro: los poemas más desnudos y ensimismados, más absorbidos por su tema y alejados por eso de propósitos pedagógicos son paradójicamente los que más comunican, los que sirven para iniciar a una experiencia y no sólo aludir a ella.

Esta experiencia personal está hecha de la fusión de cuatro elementos: la naturaleza como referente, el yo como problema, Dios como tú esquivo y dinamizador, y los otros, sobre todo los pobres, como trascendencia, tarea y salvación.

La naturaleza no es en el libro paisaje, marco visual y distante que uno goza como espectador. Es ámbito omnipresente, palpitante, cambiante; es un animal vivo, inmenso pero también doméstico; es sobre todo símbolo, palabras (como lo vio el salmista) que el día susurra a la noche ("los cielos cantan la gloria de Dios") y ese símbolo es un mensaje de Dios a los hombres, palabras de

amor:

"No pidas a Dios avales de su hondura ni señales de su ciencia o fortaleza. Basta observar la concordia sideral las variantes de la luz y sus reflejos o gustar los zumos y nitratos naturales para proclamar que ha firmado un pacto con la vida" (26).

"Todo es bueno, satisfactorio y esplendente y tiende por sí mismo a mejorarse. Moral el aire aunque vaya desnudo y sea transparente. La materia no mancha ni es atea sino más bien culta, ortodoxa, soñadora, mística y gozosa, masa, miga y mosto del alimento, geología de un creador en quien todo se desborda" (25).

La criatura, al asumirse como tal, es capaz de comprender el mundo como creación. La mirada franciscana, al no codiciar, se capacita para descubrir la desnuda humanidad del mundo. El tono nos recuerda a veces a Jorge Guillén y otras al Neruda de las Odas elementales. En el poema "Dios con nosotros" lo elemental, vestido muy adecuado, se torna pañales de Encarnación. En otras ocasiones se trata de la naturaleza de forma romántica (así Bécquer o A. Ma-

chado) como metáfora del destino humano (p. ej. el poema "El camino tóxico del tiempo"). En general el contexto natural crea una unidad de ambiente y tono, sitúa al libro en el espacio y en las horas y de ese modo vuelve la experiencia más palpable.

Así como la alusión a la naturaleza reviste el libro de ternura, lo perfuma, orea y dora, así la presencia del sujeto impide que el libro se diluya en leyenda de postal. El sujeto dota al libro de nervios inquietos, de huesos duros, de una piel hipersensible y de un ansia inextinguible. Aquí se residencia el tono barroco conceptista que trasuntan sus páginas: meditación sobre la fugacidad de la vida, la certeza de la muerte, los espejos y trampas de la existencia, los cambios de la fortuna, la milicia que es la vida del hombre sobre la tierra. Esta perspectiva no conduce sin embargo a "la paz de los estoicos serena/tensión de ceros y ascetismos", tampoco a la apuesta desfondada de los existencialistas. Claro está que se da el cuidado: "atento siempre/a las jugadas oblicuas de lo humano". Incluso se percibe la propia ambivalencia: "Vivo residenciado en la actitud que temo (...) en una ontología de la soledad que me desgaja/del hombre en su versión de pueblo". De ahí el discernimiento: "y esgrimiendo en la mente el filo de la luz,/ a foco lento, leer el horizonte/ en sus molduras, simetrías y cruceros". La frugalidad está a punto de convertirse en el retiro



con que soñaba el infatigable Fray Luis de León:

"Procuro vivir frugal, deshabitado,
pero la pobreza no consiste en
caminar descalzo
y solitario sino en mirar todo de
lado
como quien ya ha comido y va de
paso
por Wall Street o el Vaticano" (37)

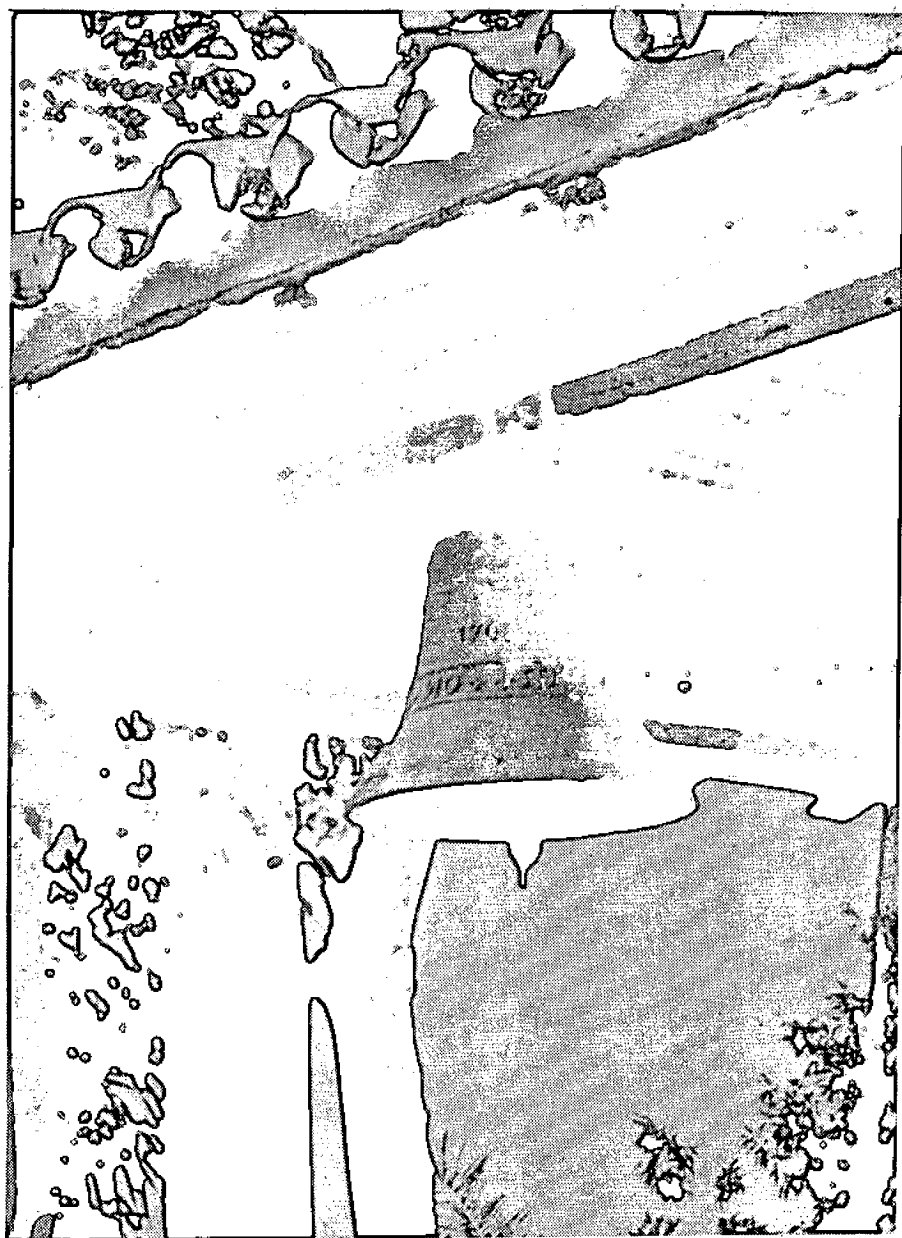
Pero en definitiva el libro es una invitación a asumirse en sus verdaderas proporciones y vivir sin miedo en plenitud. Esta es posible por la presencia de Dios y de los otros.

Dios es sentido como una presencia esquiva. Enciende el deseo y arrastra adonde no hay lugar: "en ruta apresurada hacia el vacío donde suele Dios tender sus emboscadas". Por eso el autor se siente en vilo "tras ese Dios insaciable que me acecha". Sin embargo, como hemos visto, ese Dios exigente a inasible es también el Dios de todas las cosas y de todas las horas. Más aún, el Dios de los hombres y aun el Dios hombre para que fuéramos divinos:

"Con rumor de alas se fue plantando
Dios en los viñedos de la historia
emigró a la comarca de la carne
y amaneció menesteroso en ella,
pulpa
humana, solidario de sus cargas
y flagrante vocación tercermundista"

De ese modo Dios-hombre reenvía a los hombres. De ahí la presencia incanjeable de los otros y la crítica a una religión que por temor al pecado llega a prescindir de lo humano. La cercanía absoluta encierra peligros, pero no hay vida al margen de ella. De ahí la reivindicación del amor concreto que recorre con una inasistencia casi ávida las páginas del libro.

Pero la Encarnación que lleva al amigo, lleva también en el mismo impulso a los necesitados, a los pobres, a los pueblos oprimidos. Esta dirección aparece sobre todo como alusión en los mo-



mentos más claves y como denuncia a un cristianismo que connive con las injusticias por falta de misericordia.

Un elemento faltó para que estos cuatro elementos dieran completamente de sí: la narración, tanto la evangélica (la presencia de Jesús de Nazaret es magra tratándose de los Ejercicios de San Ignacio) como la personal. La descrip-

ción de la naturaleza y la resonancia interior, privadas de este referente histórico, resultan a veces algo deshistorizadas.

La parte literaria está montada sobre un léxico robusto y matizado; sobre una gran capacidad imaginífica, un cierto ritmo, no siempre acusado, y el refuerzo casual de la rima (sobre todo pareados y rima interna).

REVISTA
LATINOAMERICANA
DE TEOLOGÍA

Suscripción aérea
(3 números al año)
15 dólares

Dirigirse a: RLT
Apartado 668
San Salvador - El Salvador, C.A.